CONDICIÓN DE PLURALIDAD Y
RESPONSABILIDAD COMÚN
KARL JASPERS: *DIE SCHULDFRAGE**

*Mathias Nebel***

**I. ¡Quien esté libre de pecado,
que tire la primera piedra!**

La distancia y el tiempo nos convierten frecuentemente en unos jueces implacables de las colaboraciones tibias de nuestros antepasados con regímenes totalitarios o con dictaduras. Sin embargo, estos juicios tajantes y seguros de unos edecanes morales modernos son simplistas y superficiales porque están desvinculados de lo que hacía su complejidad y su dificultad, a saber: la situación social y, peculiarmente, institucional en que se dieron estas colusiones.

Para confusión de los justos *post quem*, la biografía de Sebastián Haffner

(1939) da testimonio de lo heroico que es conservar una cierta rectitud moral frente a un régimen totalitario. Su relato nos introduce a este difícil trabajo de verdad sobre nosotros mismos, hallando en nuestras acciones lo que haya habido de complicidades, colusiones o participaciones con unas realidades sociales marcadas por la injusticia. Aquí seguiremos las huellas de Karl Jaspers, quien después de la Segunda guerra se preguntó –y preguntó al pueblo alemán– cuál era su culpabilidad.¹

¹ El filósofo alemán Karl Jaspers (1883-1969) rechazó el Nacional-socialismo. Hacia 1933 era profesor de psicología y filosofía en Heidelberg y estaba casado con una judía. Por lo mismo sufrió sanciones que le impidieron continuar la docencia y censuraron su obra. Ante la posibilidad del exilio, prefirió quedarse en Alemania si a su mujer no le era permitido acompañarlo. Su arresto

* La versión original de este texto fue una conferencia pronunciada en la Biblioteca Gómez Morín en octubre del 2003.

** Universidad Iberoamericana.

Las distinciones que establece alrededor de la noción de culpabilidad nos sirven aquí de guión y él mismo de interlocutor. En este trabajo de purificación de la memoria es esencial aclarar los modos como puede predicarse una responsabilidad común. Por lo mismo, el análisis de Jaspers llega a desbordar su contexto inmediato. ‘Da-a-pensar’ (*donne-à-penser* Ricoeur) la problemática fundamental de una responsabilidad social. Expondremos por lo tanto sus distinciones antes de reasumirlas críticamente con la esperanza que puedan ser aceptadas.

1. *La dificultad de actuar en instituciones injustas: un testigo*

158

En 1933 el joven abogado Haffner trabajaba como escribano en un tribunal de Berlín. Habiendo nacido en 1911, creció con la Primera Guerra y se educó cuando la crisis de los años posteriores sacudía a Alemania. Los jueces del tribunal en el que trabaja habían sido sus maestros en la universidad y ahora son autoridades reconocidas en el campo del derecho. No tienen simpatía por el nazismo y Haffner tampoco.

y deportación estaban previstos para los días en que las tropas estadounidenses llegaron a Heidelberg.

El triunfo ‘democrático’ del Nacional-socialismo en este año 1933 no interrumpe la actividad del tribunal. Tanto antes como después se siguen ‘dictando y aplicando’ leyes que se remontan al Derecho romano, obra plurisecular de humanismo. Sin embargo los nazis no comparten la antigua ficción de un Estado de derecho que, como universalización somete la sociedad a la idea de justicia. Al contrario, para el nuevo régimen la ley ha de ser un instrumento al servicio del movimiento nacional-socialista y, según la peculiar organización de éste, expresión y reflejo de la voluntad del Führer. La ley sirve al poder, no a la justicia. Gobernando por decretos, los nazis progresivamente dismantelan y arrasan el cuidadoso edificio del Derecho alemán. El Estado de derecho se vuelve una ficción y sus representantes –los jueces– unos títeres obsoletos de un universo surrealista.

Haffner narra lo absurdo de la situación que presencia. Estos jueces –autoridades reconocidas en la vieja tradición humanística del Derecho alemán– se encuentran ante la tarea de ‘dictar y aplicar’ decretos del Nacional-socialismo. Representantes de una institución del Estado, estos funcionarios no son sus propios dueños. No sólo no sirven a un Estado de derecho sino que tampoco legislan, pues están sometidos a la

autoridad del legislador. Pueden decidir acerca de una sanción, pero no pueden decidir acerca de una nueva ley. El sentimiento de impotencia, de imposibilidad de actuar contra lo que ocurre, está retratado por Haffner en la atmósfera alucinante de este tribunal. Ver desaparecer día a día el antiguo Estado de derecho por una mezcla confusa de decretos y de leyes y no poder hacer nada contra la negación práctica de los principios fundamentales del derecho anterior genera indiferencia, cinismo o huida hacia un efímero exilio en una ciudadela moral interior. Acaso lo más relevante fue que no hubiera rebelión, ninguna oposición frontal ni ninguna renuncia por inconformidad. La inmensa mayoría del personal encargado del aparato de justicia siguió actuando en su cargo bajo el régimen nacional-socialista. La traición a sus propios ideales fue progresiva, inducida por el cambio del marco político que regía a la institución.

En este contexto ha de plantearse la pregunta por la culpabilidad alemana frente al nazismo ¿Fueron unos *pocos culpables* y una inmensa *masa de inocentes*? ¿Fueron *víctimas* que no pudieron hacer otra cosa que esperar el cambio —democrático— del régimen? ¿Qué tipo de obediencia fue ésta? ¿A qué tipo de poder o de autoridad remite tal obediencia?² La respuesta a la primera pregunta es no.

No hubo pocos culpables y muchos inocentes. Aunque sea preciso introducir distinciones, esta culpabilidad es compartida por todos. Ningún régimen totalitario puede mantenerse si no es por un respaldo tácito de su población.

2. Karl Jaspers y la segunda guerra mundial

En 1946 Karl Jaspers publica “die Schuldfrage” —*Cuestión sobre la culpabilidad alemana*,³ escrito político donde se confronta a la culpabilidad de los alemanes, tarea a su parecer imprescindible. Se trata de una culpabilidad en primer instancia, impuesta por sus vencedores, pero, en segundo lugar, de una culpabilidad interior. Hay que medir, afirma Jaspers, las omisiones, las colusiones, las cooperaciones personales con el nazismo.

Esta confrontación con su culpabilidad es necesaria para que renazca el pueblo alemán. Es un trabajo de memoria imprescindible para volver

² En Francés *obédience* designa una autoridad a la cual el sujeto se reconoce sometido, no como en Español donde el término alude simple obediencia a un mandato.

³ K. Jaspers, *Die Schuldfrage* [La pregunta por la culpa], 1946, Frankfurt; versión castellana, *¿Dónde va Alemania?*, 1967, Madrid, Cid.

a encontrar una paz interior, la posibilidad de mirarse a sí mismo. Es condición para que la convivencia social, dañada y desmentida por las atrocidades de la guerra, recobre su carácter humano; así como es condición para la rehabilitación moral de cada uno de los integrantes del pueblo alemán. Este trabajo no puede ser relegado a tiempos mejores, ni ser remitido a otras personas, ni mucho menos omitido.

Esclarecer esta culpabilidad, encaminar este trabajo de purificación de la memoria recae en la filosofía y la teología, alega Jaspers. Efectivamente, así como a la filosofía corresponde pasar de un sentimiento de la justicia al concepto de la justicia (agregar inteligencia a los hechos), de la misma manera Jaspers quiere pasar aquí de la *vivencia de una culpabilidad alemana* (sentimiento asignado por los aliados) hacia el concepto de *responsabilidad culpable*. Este trabajo de la reflexión requiere, afirma Jaspers, unas distinciones: por una parte está *lo acontecido*, es decir las acciones o las omisiones (hechos/objetividad) y por otra, *las personas* sobre quienes recae el peso de la culpabilidad. Esta distinción se desdoblará a su vez según la autoridad que atribuya, mida y condene lo acontecido entre estas personas. Sin embargo, Jaspers subraya de manera repetida que esta

culpabilidad es una e indivisa. Las distinciones establecidas se refieren a nuestra incapacidad para abarcarla en su totalidad. Así como las seis caras de un cubo no pueden ser vistas en una sola y única mirada, así también esta responsabilidad es una, pero sólo podemos encararla de manera particular, a través de una pluralidad de disciplinas: el Derecho, las Ciencias políticas, la Teología y la moral.

II. Cuatro tipos de culpabilidad

Jaspers aborda este trabajo de purificación de la memoria por medio de *tres preguntas* que tienden como el *hilo rojo* de su reflexión y permiten desenredar la complejidad del sentimiento de culpabilidad. Éstas son 1. ¿Qué categoría de actos estamos contemplando? 2. ¿Quién juzga y quién es juzgado? 3. ¿Cuál es la sentencia y cuáles son sus efectos?

1. Culpabilidad criminal

¿Qué categoría de actos contemplamos? Son actos criminales, es decir objetivamente determinados a individuos particulares. No se juzga a una colectividad, no se inculpa al pueblo alemán sino a individuos. Y

éstos no quedan acusados de crímenes en general sino particulares, explícitamente definidos como crímenes de guerra contra la humanidad (cuestión de la retroactividad de estos crímenes).

¿Quién juzga, quiénes son juzgados? Quien juzga es un tribunal establecido por los vencedores. Su poder deriva directamente de la victoria; su legitimidad de un Derecho internacional penal apenas vislumbrado como una pauta para establecer una norma válida para todos y en todo lugar.⁴

Los juzgados en Nuremberg fueron los jefes del aparato de gobierno nazi, un puñado de personas. Lo fueron en virtud de un principio de co-responsabilidad, que asienta que los actos cometidos por el aparato de gobierno que ellos dirigían eran directamente imputables a sus jefes. Para eso fue preciso calificar estas organizaciones como instituciones

criminales.⁵ Sólo así fue posible inculpar a sus dirigentes como co-responsables de lo acontecido a través de estas instituciones. (He aquí una oposición que Jaspers no percibe entre los actos—institucionales—y las personas juzgadas—sólo individuos.)

Efectos de esta culpabilidad. La sentencia de Nuremberg obedeció a la victoria de los aliados. El vencedor por un Derecho en ciernes condenó a muerte o a cadena perpetua.⁶

⁵ He aquí uno de los puntos distintivos que reveló el proceso de Nuremberg. Una responsabilidad penal, estrictamente individual, se refiere sin embargo a la posición y responsabilidad efectiva de una persona en una interacción institucionalizada. El actuar asignado al individuo no es el suyo propio sino el funcionamiento de una institución entera.

⁶ Por lo tanto, se trata de una responsabilidad plena y completa del individuo por este tipo de acción. La sanción reconoce al individuo como capaz de ‘responder’ por una interacción institucionalizada y, por lo tanto, de cargar con el peso de su castigo. Sin embargo, como la muerte es la sanción requerida por estos crímenes, ni deja lugar para un posible arrepentimiento, ni considera reparación alguna. No es una sanción abierta al porvenir del culpable, sino que posibilita una sociedad renovada en sus instituciones. La incommensurabilidad entre la culpa y la capacidad de cargar con ella aplasta al individuo y lo condena a la muerte. Ésta tiene así una función kenótica no para el individuo sino para la comunidad.

⁴ Jaspers advierte del carácter sumamente frágil de esta legitimidad penal: está condicionada al establecimiento efectivo de un tribunal penal internacional. El orden legal que reclaman los Aliados está fundado en la exigencia de universalidad de los principios de humanidad y de paz (crimen contra la humanidad, crimen contra la paz). La reivindicación de los Aliados, por lo tanto, sólo puede ser aceptada si se dan efectivamente el reconocimiento universal de estos principios y su defensa por un tribunal.

2. La culpabilidad política

¿Qué categoría de actos contemplamos? Son actos de los jefes de gobierno, de hombres de Estado. Contemplamos actos institucionales: lo que un Estado es capaz de realizar mediante la organización/movilización de los ciudadanos, lo cual implica una postura recíproca, afirma Jaspers. En cuanto ciudadano de un Estado (reconocido por el Estado de Derecho y hecho partícipe de su funcionamiento mediante mis deberes civiles, mis libertades políticas y las realizaciones del Estado mismo) deberé asumir las consecuencias de los actos cumplidos por este Estado. En cuanto ciudadano me corresponde hacer mía esta responsabilidad por los actos del gobierno. Ésta es una *responsabilidad compartida*, limitada a mi estatus de ciudadano y no correspondiente a mis intenciones. Esta responsabilidad recae sobre todos y cada uno de los integrantes del Estado pero, añade Jaspers, sólo en su *fuero externo*. Me es atribuible como mía de la misma manera que es mía mi ciudadanía.

¿Quién juzga, quiénes son juzgados? El vencedor es quien juzga de esta culpabilidad política. La instancia legitimadora es aquí la fuerza y la voluntad del vencedor (tanto en política interior como exterior). El proceso de asignación de responsa-

bilidad puede desligarse de toda referencia a la justicia, como en este caso. La brutalidad de este reconocimiento de Jaspers corresponde a la realidad vivida después de la Segunda guerra.⁷ La asignación de responsabilidad imputada es ocasión de violencia, y esta violencia puede ser ocasión de injusticia; por ello la responsabilidad queda aquí ligada no tanto a un deber universal como a quien tenga el poder de imponerla.

Quiénes son juzgados son los vencidos: *vae victis*. Quien ha perdido se somete a la voluntad y disposición de su vencedor a cambio de su vida. Esto, en términos bruscos, es lo que significa ‘capitular sin condiciones’; dejar que otros me culpen de lo que juzguen apropiado, prescindiendo de toda opinión mía.

¿Cuál es la sentencia y cuáles los efectos de la sentencia? La sentencia está constituida según la voluntad del vencedor. En el caso de Alemania estuvo constituida por las reparaciones de guerra, así como por la imposición de un nuevo orden político. El vencedor puede sin embargo limitar su poder por el

⁷ Los Aliados nunca fueron citados delante del tribunal de Nuremberg por los bombardeos masivos de las ciudades alemanas al final de la guerra, como tampoco tuvieron que dar cuentas de Nagasaki e Hiroshima. ¿Quiénes hubieran tenido el poder de imponerles estas responsabilidades?

Derecho, ese ‘noble pensamiento de los hombres’ (51) que reconoce la calidad de la persona humana, que trasciende a las dos partes del conflicto (Derecho natural). El vencedor se reconoce en este caso como *sometido al Derecho* y obtiene de este sometimiento una *nueva legitimidad*. Este sometimiento del vencedor al Derecho beneficia tanto al vencedor como al vencido, ya que abre un *campo de negociación* para fijar el *derecho legítimo de cada parte*. El vencedor puede, además, hacer gala de clemencia y/o de sabiduría política (piedad, utilidad, magnanimidad, justicia). En cuanto a los efectos de la sentencia política, éstos fueron para Alemania: 1. Limitación o pérdida del poder y de los derechos políticos; 2. Imposición de reparaciones de guerra.

3. La culpabilidad moral

¿Qué tipo de actos contemplamos?
La culpabilidad moral se refiere siempre a los *actos personales*, por los cuales me desempeño y comprometo como persona. Es decir, a una culpabilidad referida al *fuero interno*, que toma en cuenta las situaciones e intenciones del individuo. Moralmente sólo soy responsable de mi propio actuar –incluso, dice Jaspers– tratándose de los actos

personales políticos y militares que corresponden a mi desempeño como integrante de una institución u organización.

¿Quién juzga, quién es juzgado?
Quien juzga es la conciencia, éste otro en mí. Jaspers no desarrolla aquí esta distancia de sí mismo que permite al hombre ser su propio juez, como tampoco dice cuáles son los criterios de este juicio. Sin embargo queda claro que se queda en el plano filosófico y no incurre en ninguna teología. Este juez observa lo realmente hecho, investiga las motivaciones, los condicionamientos, las finalidades y las justificaciones de una conducta. Es un trabajo, por lo tanto, de memoria y de razón, que está alentado por la necesidad de verdad sobre uno mismo. Es un trabajo de adscribir responsabilidades, atribuyendo al actor el deber de reconocerse como moralmente ligado a unos hechos. Finalmente, es un trabajo de conversión, de cambio, de reparación, de reconciliación en lo que es humanamente posible. El juzgado soy *yo mismo*. Quien tiene que vivir con este culpable soy yo, porque el culpable es este mismo yo. Jaspers alude aquí a la dimensión altamente personal de este juicio sobre uno mismo. No le atañe a nadie hacerlo por mí, y nadie más lo puede hacer. Sin embargo, se me impone como un deber si quiero

poder seguir mirándome a mí mismo. Sólo el amigo puede, si se le es pedido, ayudar en el duro trabajo del juicio interior.

La sentencia y sus efectos. La sentencia es el reconocimiento de una culpabilidad personal. Su efecto es el arrepentimiento y una renovación de sí. Las dificultades de este juicio (donde soy al mismo tiempo juez, testigo y culpable) son numerosas, y Jaspers dedica varias páginas de su ensayo a develar las mentiras que encubren esta culpabilidad. Señalaremos aquí las siguientes: 1. Las referentes a su objetividad: una información objetiva; una aprehensión objetiva de la situación; una capacidad real de actuar. 2. Las que fijan los límites a mi responsabilidad, que abarcan el actuar de los demás.

4. La culpabilidad metafísica

¿Qué tipo de actos contemplamos? A diferencia de la culpabilidad moral, la culpabilidad metafísica no se refiere a actos míos, ni siquiera a omisiones; no se refiere a una posibilidad de actuar sino más bien a una incapacidad completa de hacerlo:

No es suficiente que arriesgue prudentemente mi vida para impedir actos injustos o criminales. Si se realizan en mi presencia, y si yo

sobrevivo mientras el otro es matado, una voz habla en mí y sé: por el hecho de seguir vivo, yo soy culpable (81).

Existen situaciones donde ‘no hay nada que hacer’. Todo tipo de acción es vana, no puede cambiar lo que va a acontecer. Lo único que se puede hacer es *perder mi vida con el otro*, cuando esto me fuera todavía posible o permitido. Jaspers hace referencia aquí a una *solidaridad trascendental* entre los hombres, que no desarrolla en este escrito y presenta como intuición de la universalidad de la humanidad y desarrollará como el último aspecto fundamental de su obra.

¿Quién juzga, quiénes son juzgados? Sólo Dios puede juzgar. Jaspers se sale de la discreción que ha mantenido en cuanto filósofo frente a lo trascendente (por ser éste un escrito político); y lo hace como forzado por la iniquidad y el escándalo del mal. No señala una teología particular. Dios es entendido aquí como lo trascendente que revela la culpa sentida en el caso. Por lo tanto, para reconocer esta culpabilidad metafísica no se necesita saber qué tipo de Dios sea éste.

Sin embargo, la referencia positiva a una solidaridad trascendental no permite esta misma indiferencia a la esencia de lo trascendente. Jaspers

se devela aquí en cuanto creyente cristiano. Semejante solidaridad trascendental sólo puede sostenerse desde la perspectiva de la encarnación. Sólo en Cristo y por Cristo somos responsables de todo y por todos (Dostoievsky). Sin embargo esta solidaridad es revelada a todos; pertenece al orden de la creación, si bien su manifestación corresponde al orden de la salvación.

Sentencia y efectos de la sentencia. La sentencia pertenece a Dios. Sus efectos son:

Una transformación de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo delante de Dios. El orgullo queda quebrado. Esta transformación de sí (...) puede hacer surgir una nueva fuente de vida activa que, sin embargo, estará desde luego ligada irremediabilmente a un sentido de culpabilidad. Desde luego, la humildad induce la modestia del hombre delante de Dios, y su actuar queda en una condición que excluye para siempre la soberbia” (50).

III. Conclusión

De las distinciones propuestas por Jaspers tenemos que subrayar primero el profundo trabajo de clarificación que hizo. Los eventos obligaron la filosofía moral a preguntarse directamente por la naturaleza de una

responsabilidad colectiva. Sin embargo la discusión abierta por las dos Guerras mundiales se fijó poco en los escritos de Jaspers, investigando pronto la difícil pregunta del consenso necesario para pasar de una masa informe de personas a un grupo organizado (¡oh, las maravillosas distinciones para entender la responsabilidad que contrae un miembro minoritario de un consejo parlamentario!). La discusión prosigue todavía pero sin muchos avances. La prioridad puesta en la dimensión racional del consenso oblitera la dimensión más directa y real de una colaboración en una interacción institucionalizada.⁸ Jaspers, por ocuparse del

⁸ Hannah Arendt subraya una diferencia frecuentemente pasada por alto. ‘Acción’ y ‘acción-en-común’ no se identifican plenamente. La primera responde a la capacidad de actuar del individuo; la segunda corresponde a la aptitud del hombre para actuar de manera ‘concertada’ (*Crisis of the Republic*, 1973, UK, Harmondsworth, p. 113). Es decir, que el hombre tiene una capacidad para *integrar* su actuar en el actuar de otros y *coordinarlo* con éstos. El hombre, en otras palabras, es capaz de *cooperar libremente* a una interacción organizada. Que esta integración y cooperación del actuar propio a la acción en común no haga desaparecer la libertad propia es algo obvio. Lo que se advierte menos es que la condición de esta libertad situada en una interacción cambia drásticamente en cuanto a la racionalidad y la responsabilidad. Esta distinción permite peculiarmente separar ‘lo que puedo solo’

caso alemán, resalta precisamente esta última dimensión.

Sin embargo, las distinciones que propone son difíciles en algunos puntos, especialmente en el de la culpabilidad criminal asignada a individuos pero que remite a la posición de los inculpaados dentro de las organizaciones nazis. Siendo precisamente esta segunda cara de la medalla puesta de relieve en la culpabilidad política. Por ser miembro de una comunidad histórica organizada en un Estado, independientemente de mis intenciones y actos, tengo que cargar con una responsabilidad colectiva que se me impone en el fuero externo. Hay aquí, a mi parecer, una tensión que atraviesa la obra de Jaspers y que no logra integrarse en sus distinciones sino por referencia a la unidad fundamental de la responsabilidad que él investiga.

(potencia propia) y lo que ‘sólo puedo en común’ (potencia en común o poder) en una interacción organizada con otros. Por lo mismo, Arendt advierte que “El poder nunca es una propiedad individual ; éste pertenece a un grupo y le sigue perteneciendo mientras este grupo no esté dividido” (*op. cit.*, p. 113). El poder es nuestro, y mío sólo en cuanto me es participado. Está ligado a la existencia antecedente de la comunidad de personas reunidas ‘en’ y ‘por’ la interacción. Una dispersión de esta comunidad o una disminución en el ‘querer actuar juntos’ alienta directamente la desaparición del poder o su remplazo por la coerción violenta.

Por lo tanto, las distinciones propuestas por Jaspers no logran imponerse del todo. Aunque sus intuiciones siguen siendo luminosas y valiosas para nuestros tiempos, necesitan un complemento teórico. Quisiera resaltar dos de estas intuiciones relevantes para mi propósito. La primera y principal es, sin disensión, la muy clara percepción que Jaspers tiene de la unidad profunda de esta culpabilidad/responsabilidad.⁹ A pesar de la diversidad de enfoques con que la percibimos, ella tiene una unidad fundamental. Es más, lo problemático no es tanto la unidad de esta responsabilidad sino nuestra incapacidad de percibirla, a no ser por partes. La segunda intuición que me interesa recuperar es el vínculo de esta responsabilidad con

⁹ La diferencia entre responsabilidad y culpabilidad es obvia. Si ambas requieren de un juicio, la segunda implica una condena y una sanción, es decir un juicio de valor enunciado sobre el acto o la interacción. La propuesta de Jaspers es perfectamente coherente con su propósito. Sin embargo para nuestro trabajo, quedarnos en este plano de la culpabilidad añade un grado de complejidad suplementario. El plano de la responsabilidad abarca por sí mismo una problemática suficiente como para que queramos distinguirlo de lo anterior. Por lo mismo, podemos también prescindir aquí de la dimensión teológica señalada por la responsabilidad pero requerida para promulgar un juicio de culpabilidad (criterio positivo de solidaridad transcendental).

la dimensión organizada de la convivencia (el vivir juntos), que remite a su vez a la condición de pluralidad en que se encuentra situado el hombre.¹⁰ Tal responsabilidad existe originalmente por darse esta extraña solidaridad transcendental entre los hombres.

Propongo modificar las distinciones de Jaspers en torno a la culpabilidad criminal, política y moral, dejando de lado una reflexión sobre la culpabilidad metafísica que no tiene lugar aquí.¹¹ Sugiero que esta responsabilidad única se entenderá mejor al hacer una doble distinción

¹⁰ Hannah Arendt, alumna de Karl Jaspers, une en su filosofía política la noción de condición de pluralidad a la de acción. La acción designa a la actividad humana fundamental que “corresponde a la condición humana de pluralidad, al hecho que son los hombres y no el hombre, quienes viven en la tierra y habitan el mundo”. Cualquier acción tiene como espacio de aparición—como escenario donde se da a reconocer y es reconocida— la red de las relaciones humanas; es decir la multiplicidad de las acciones de los demás. Lo que devela además la acción es lo específicamente humano: el pensar, y un pensar que sea libre. Este último no es, por sí mismo, público. Al contrario no hay nada más privado. Sólo se deja oír y ver en la palabra y la acción. Uno es reconocido como hombre a su acción y su palabra; y quienes lo reconocen a uno son los demás hombres.

¹¹ Cfr. M. Nebel, *La catégorie morale de péché structurel. Essai de systématique* (de próxima aparición).

entre ‘responsabilidad común subjetiva’ y ‘responsabilidad común objetiva’. Esta responsabilidad común está, a mi parecer, ligada a nuestra pertenencia y participación en las instituciones fundamentales de nuestra comunidad, es decir, en las instituciones que estructuran de manera esencial la convivencia de una comunidad histórica.¹²

¹² Cualquier integración de mi acción en una interacción, cualquier cooperación a una acción en común conlleva, si ésta pretende durar, su institucionalización. Es útil distinguir algunas características de este proceso (cfr. P. Ricoeur, *Soi-même comme un autre*, 227-38). La primera es que cada institución realiza una cierta distribución : reconoce (al atribuir ‘parte a...’), y otorga una participación (al permitir ‘tomar parte a...’). Es decir reconoce la pertenencia de un agente a la interacción, y le otorga participar en la interacción. La segunda característica es que cada institución remite a un proyecto. Éste sirve como vector organizador de la interacción. Se impone como su ‘razón de ser’; define su extensión espacio-temporal ; decide acerca de los medios necesarios a la misma ; exige, justifica y sanciona las reglas de cooperación, etc. En una palabra, el proyecto es el cuadro normativo de la interacción. Una tercera y cuarta características se derivan inmediatamente de lo anterior (cfr. M. Crozier, E. Friedberg, *L'acteur et le système*, 1977, Paris). Toda institución dicta reglas que permiten coordinar las acciones individuales en una interacción única y efectiva. Además, toda interacción institucionalizada delimita un espacio y un tiempo en los cuáles opera, es decir, en los cuáles rige el proyecto común y se aplican las leyes que lo regulan. Una quinta característi-

Esta responsabilidad es *común*. Es decir, que es su esencia misma ser nuestra, y sólo mía en cuanto que pertenezco y participo en la comunidad reunida en y por esta institución. Es por cierto, personal (no hay responsabilidad fuera del sujeto moral), pero personal en la colaboración organizada de personas en el campo estructurado de la acción generado por el hecho institucional. Por eso no puede ser asignada a personas individuales sin que lo sea simultáneamente a la totalidad de los demás integrantes de la interacción. Lo in-

dividual es inseparable de lo común. No hay posibilidad de imputar a solo el individuo esta responsabilidad común sin perder el sentido mismo de la interacción. Bien se percataron los jueces de Nuremberg que si la responsabilidad criminal era individual, el principio de la acusación contra los dirigentes nazis tenía que ser vinculado con su acción dentro de las instituciones del Nacional-socialismo. Por ser una responsabilidad derivada de una interacción común, sólo se puede responder de ella en común.¹³

ca nos remite a la dimensión distributiva de toda institución. Cada integrante es reconocido por medio de la atribución de un estatus particular. Dentro de la interacción, éste define la esfera de responsabilidad propia del agente: las expectativas de los demás actores hacia este actor: es decir, la parte de trabajo que le incumbe para que la interacción alcance su objetivo. Cabe mencionar que el estatus es todavía formal y pasivo. Al estatus corresponde, por lo tanto, un 'rol': asumir de manera personal la esfera de responsabilidad propuesta en el estatus, prestando la potencia propia de acción a la interacción en este margen muy particular. El rol es la actualización del estatus por el agente. El conjunto de estos elementos forman lo que se puede llamar un 'campo estructurado de la acción'. En él, y sólo en él, puede desarrollarse una interacción dirigida, organizada en función de una meta y que, sin embargo, deja todavía espacios de libertad y de creatividad a cada uno de sus integrantes. Un campo estructurado de acción ciertamente restringe la libertad individual (por deber

someterse al margen normativo de la institución), sin embargo, el actor acepta estas restricciones por tener acceso a la interacción y al bien que ésta rige. Un ejemplo trivial nos ayudara a describir este mecanismo: Si hay una cancha de fútbol, yo seré uno de los jugadores. Para poder participar en este juego he tenido y tengo que someterme a las reglas vigentes de este juego. De no respetarlas me echarán de la cancha, por haber impedido el juego. Acepto, por lo tanto, estas restricciones a mi libertad (no tocaré la pelota con la mano, no me quedaré en fuera de lugar, colaboraré con los demás jugadores de mi equipo, etc.) *para poder jugar*.

¹³ Esto no quiere decir que no haya diferencias en el tipo de participación en la interacción. Es preciso distinguir entre el rol de cada uno dentro de la misma según la plena colaboración, la colusión y la omisión. Sin embargo para quienes participan, esta atribución individual de la responsabilidad sólo adquiere sentido por la finalidad de lo realizado en común. La asignación a respon-

En esta responsabilidad se distinguen sin embargo dos modos de ser responsable. Hay de un lado una responsabilidad objetiva, ligada a lo que una persona hereda de las generaciones anteriores en una interacción institucionalizada.¹⁴ Me integro generalmente a lo que ya existe y sólo pocas veces iré creando algún movimiento institucionalizado. Por lo mismo, para poder participar siempre será preciso asumir lo que ya existe: la estructuración particular

que le han dado a la interacción mis antepasados. No es creación histórica mía, pero he de hacerla mía por mi participación en el hecho institucional (por medio de la educación y la asimilación a esta comunidad). Un alemán nacido en 1950 no habrá tomado parte en la Segunda guerra mundial, sin embargo, por pertenecer a este pueblo habrá de hacer suyo este pasado. No es suyo por sus actos sino por su inserción, por su pertenencia a una comunidad histórica.

sabilidad del individuo es segunda y sólo es posible dentro del esquema de especificación individual de una responsabilidad colectiva.

¹⁴ Existen instituciones que rigen los espacios sociales indispensables para que una vida sea humana. Según el bien al que den acceso, no habrá lugar para una posible elección, sino el exilio o la muerte (El pobre que no logra alimentar a su familia no tendrá otra elección que aceptar el trabajo que se le ofrezca, cualesquiera que sean las condiciones de este último y su finalidad). Hay además instituciones que son más por ser las de mi país. Son más porque fueron hechas más. Las heredé y me encuentro situado por ellas. En estos dos casos, la 'aceptación' del objetivo institucional y de la racionalidad de su campo estructurado, no están al alcance de una elección individual. En los demás casos, surge otra dificultad. La aceptación libre está condicionada a un conocimiento real del proyecto institucional. Al menos no puede deducirse del discurso oficial la realidad efectivamente producida por el hecho institucional. Estas cuestiones nos obligan averiguar con más cuidado la

posición del actor dentro del campo estructurado de la acción. El actor, para asumir su estatus y ejercer su responsabilidad en la interacción (rol), necesita interiorizar el campo estructurado de la acción. Este saber práctico —'saber-cómo-actuar-para-actuar'— necesita recurrir a la capacidad de representación que tiene el hombre (cfr. el concepto de mimesis en Aristóteles, *Poética*, 1448b-1451^a). Sólo quien sea capaz de poder representarse el campo estructurado de la acción de manera adecuada será luego capaz de proyectarse a sí mismo en él y visualizar sus propias posibilidades de acción. El estatus es todavía una delimitación formal de una esfera de responsabilidad (requisitos de trabajo, competencias, medios, etc.). Sola la *dinamís* propia del agente será capaz de generar, dentro de este espacio, por medio de su *mimesis*, los 'posibles' abiertos a la acción del individuo. Este abanico de 'los posibles' responde a lo verosímil y lo necesario dentro de este campo. Representan la integración de la racionalidad del campo por el actor y la restricción de su actuar a lo que le es posible realizar en él.

No soy responsable subjetivamente de esta historia de mi pueblo, pero he de hacer mía esta responsabilidad que heredo por ser miembro de esta comunidad. Lo que Jaspers llamaba ‘responsabilidad política’ es de esta índole. Se impone como consecuencia necesaria de nuestra pertenencia y participación en hechos institucionales en tanto herederos de ellos.

Por otro lado, esta responsabilidad común objetiva debe distinguirse de una responsabilidad común subjetiva. Ésta surge de mi participación efectiva en el hecho institucional. Es decir, de la parte que tomo en la realización de la interacción, de lo que hago para que ésta alcance su objetivo. Si lo que heredo es objetivo por serme exterior, por no estar vinculado con mi actuar propio, mi participación activa no podrá ser sino subjetiva, es decir, asumida por la personal en cuanto es persona. He aquí lo que Jaspers llama ‘culpabili-

dad moral’, una responsabilidad que se manifiesta en el fuero interno en tanto se refiere a asumir la finalidad de una interacción común como matriz social de mi acción particular. De hecho, una institución llega a estructurar el espacio social de tal forma que impone su racionalidad a quien quiera integrarse a esta interacción. Por lo mismo, la finalidad del hecho institucional se impone al actuar individual y tiene para éste la fuerza de una causa formal.

He aquí, en pocas palabras, una reinterpretación de las distinciones de Jaspers. Pienso que así se puede dar cuenta de un fenómeno que no está limitado a totalitarismos y épocas excepcionales. Esta responsabilidad de hecho está omnipresente en nuestras sociedades altamente organizadas. Si bien es difícil de averiguar debido a su naturaleza esencialmente común, tal responsabilidad es constitutiva de nuestra condición de pluralidad.